

UNA MAÑANA MÁS (SIN DECIRNOS NADA)

Era una mañana más, un Lunes más de todos los putos Lunes de mi vida.

Sin muchas expectativas salí de casa. Feliz, contento, o algo similar, a pesar de no haber dormido casi nada –insomnio, que le dicen- estaba de buen ánimo.

Tomé el “ferrocata” como siempre, sin demasiado ademán de nada –¿ademanes para tomar el tren?- y ensimismado en mi mundo –escuchando Romance de Mike Oldfield y leyendo Abbadón El Exterminador, de Sabato- esperé sentado en la estación, tomé el tren, llegué a Plaça Catalunya, combiné con la Línia 3.

Todo lo que se dice una mañana más del resto de mi vida. Hasta ahora. Subo al metro y, vaya casualidad, consigo asiento. En frente mío, una chica, común y silvestre. No era una modelo ni nada por el estilo, era, lisa y llanamente una chica más del montón, pero, y aquí está el quid de la cuestión, por alguna extraña razón de esas que no tienen explicación alguna me llamó la atención. Es más, diría que me eclipsó y, por un instante –infinito quizá- quedé en un limbo de lo más atractivo.

Es raro pero mientras leía a S. no podía dejar de mirarla. ¿Mirarla mientras leía? Sí, con mi tercer ojo, es decir, con mi ojo subnormal, astral, mental, o como mierda quieran llamarle. Y ella me miraba, lo sé. Sé lo que van a decir, éste está loco. Pero les aseguro que no. No sé si yo la miraba porque ella me miraba o si ella me miraba porque yo la miraba aunque, creo que, era una mezcla de ambas cosas. Lo cierto es que se produjo ese click que algunas muy pocas veces se produce. Ese instante en que todo tu mundo produce un giro de 180 grados y donde, no se bien por qué, todo se ve distinto.

La miré y me miraba, nos mirábamos, ella en lo suyo y yo, claro, en lo mío. Pasado Poble Sec me paré, cerré el libro y me dispuse cerca de la puerta para bajar. Espanya, sí, no podía pasarme, claro está. Bajé, como tenía que hacerlo, combinación con otro puto metro.

Nos miramos, me miró y yo la miré. Claro, ahora desde abajo, la miré con esos ojos que uno mira algunas veces, y ella también me miró con esos ojos que uno mira algunas veces. Nos miramos fijo, como si algo nos hubiéramos querido decir, como si una fuerza superior hiciera que nos mirásemos. Nos miramos, pero ni yo ni ella, ninguno de los dos, nadie dijo nada. Y así, mirándola, y ella mirándome a mí, desapareció al subir mi escalera, y al arrancar su tren. Sin decirnos nada.

/Martín Alejandro Carmona Selva
Barcelona, 17 de Octubre de 2005